

LA IMAGEN DE LA NATURALEZA Y LA FE CRISTIANA: EL CASO TEILHARD DE CHARDIN

POR EL PROF. ADOLF PORTMANN DE LA UNIVERSIDAD DE BASILEA

El biólogo inglés Sir Julian Huxley declaró nuevamente en 1960, en polémica que se ha hecho famosa, que Dios es ya una hipótesis innecesaria, sin la que la ciencia puede pasarse perfectamente. De momento no me interesa ponderar el alcance de tamaño aserto, sino, más bien, registrar el hecho de que el mismo investigador es autor también de la introducción con que se presenta al público anglosajón la edición inglesa de "El fenómeno hombre", la obra principal del jesuita francés Pater Pierre Teilhard de Chardin. El ateo declarado como propagandista del investigador cristiano... he aquí una situación que por sí sola nos lleva al centro mismo de la problemática de las concepciones del hombre hoy en pugna. Pero refirámonos antes a la obra de Teilhard de Chardin. El padre jesuita, fallecido en Nueva York a los 74 años de edad, era un eminente investigador de las huellas fósiles de la vida. Participó, con decisivos estudios, en la interpretación del hallazgo del hombre de China, del *Cinanthropus*; y trabajó en la investigación fósil más reciente en torno al hombre primario. Su obra arraiga en la tradición francesa, que ya antes de comienzos de siglo, había hecho de París uno de los centros del estudio y la investigación sobre el hombre primario y el prehombré. Ahora bien, lo decisivo en la discusión, de vuelo universal, en torno a esta obra, es el hecho de que un sacerdote católico, en traza de investigador científico, se haya convertido en paladín de una muy personal teoría de la evolución. "Su influencia en el pensamiento universal será seguramente de la mayor trascendencia..." dice Julian Huxley de Teilhard de Chardin.

Esto fue lo que tanto y a tantos llamó la atención: que un cristiano, fervoroso

creyente, proclamase, con nuevas proyecciones, la idea de la evolución, una especie de darwinismo, pues, a la consideración superficial. Y que un ateo declarado lo ensalzara como un gran hecho era motivo suficiente para interesarse en el asunto. ¡Pero había además otros motivos!

Sólo algunos breves trabajos de Teilhard de Chardin aparecieron publicados en revistas mientras él vivió. Para la publicación de sus obras principales, sin embargo, no había conseguido el nihil obstat necesario como miembro de una orden religiosa. Se mantuvo fiel a su voto hasta la muerte.

Después de su fallecimiento un grupo de hombres de ciencia de las más diversas ideologías se ha concertado para sacar a la luz la obra del gran paleontólogo en la forma, intacta, en que él la dejó. Por lo demás, desde el año treinta ha circulado en copias múltiples. Quién sabe si así, en la penumbra, no ha conseguido mayor celebridad de la que hubiera logrado con su simple publicación entonces mismo. En todo caso su influjo aparece exaltado hoy por todos los factores estimulantes que desde los tiempos de la "Kulturkampf" atizaron la discusión en torno al darwinismo. La posibilidad de que aceche aquí un incómodo asunto para la Iglesia, ha llevado a algunos al estudio de los escritos del padre jesuita cuando se publicaron, en Francia por lo pronto. Hasta la divisa ideológica "caso Galileo" llegó a oírse, alguna vez, en las discusiones.

Mas, no hay por qué enjuiciar hechos que a la luz de documentos numerosos aparecerán un día con mayor claridad de la que hoy es posible. De momento parece más importante considerar los motivos que impulsaron a Sir Julian Huxley, el ateo, a convertirse en heraldo de Teilhard de Chardin.

El propio Huxley, en su prólogo, nos brinda una primera indicación al decir que la obra del jesuita que "ha obligado a los teólogos a adecuar su pensamiento de acuerdo con la nueva perspectiva de la evolución y a los científicos a apurar las secuelas espirituales de sus teorías... El hombre de mentalidad religiosa no podrá seguir volviéndole la espalda al mundo de la naturaleza... ni podrá el materialista seguir negando la importancia de la experiencia espiritual y la vivencia religiosa".

Con lo anterior queda mencionado un "Leitmotiv" que hace comprensible el emparejamiento intelectual de tan disímiles espíritus. Desde hace unas tres décadas el pensamiento biológico, allí donde topa con el espíritu como objeto de investigación, entra en pugna con el problema de lo religioso. No son ya días en que pueda pasarse ligeramente por alto esta tremenda manifestación del humano modo de ser.

Por 1930 Constantin von Monakow, el gran neurólogo de Zúrich, definió la singularidad del hombre, en el radio de su teoría, de área tan vasta, sobre los vínculos heredados de los organismos con el mundo en torno, como una categoría de supremos "instintos de lo religioso" que constituye la peculiaridad y la dignidad de lo humano. Su doctrina no encontró entonces el eco que a su rango insigne correspondía. A más macizas teorías les fue más fácil encontrar adeptos. Entre ellas se cuenta la idea de Huxley de que la vivencia religiosa de un grupo humano es el resultado natural de su "psicometabolismo..." de un sistema de la estructura de la psique que elabora la primera materia mental del mismo modo que el me-

tabolismo químico transforma específicamente los acarreo elementales.

Su reconocimiento de lo religioso se basa en la necesidad de erigir, con la primera materia de la experiencia, un mundo espiritual que haga posible una actitud íntegramente humana cara al universo. Esta tarea puede revelar intuiciones muy diversas, entre los distintos grupos, de las relaciones entre mundo y hombre, pudiendo así yuxtaponerse varias imágenes del mundo mientras no estén en contradicción con los resultados de la investigación objetiva. Es el ideal de la tolerancia que representan los mejores espíritus en las grandes organizaciones mundiales (no en vano fue Julian Huxley el primer presidente de la Unesco). El hecho de que Teilhard de Chardin haya luchado durante toda una vida para reducir el pensamiento de la investigación de la naturaleza y su propia fe religiosa a una unidad que a su vez estuviera exenta de contradicción, le ha convertido en compañero de ruta de Julian Huxley.

Hay, sin embargo, otros puntos de vista que hacen de la obra del padre jesuita fundamental eslabón de una especial concepción biológica: Teilhard de Chardin ve en la evolución del hombre la acción de una especie de factores "antinaturales", acción que contradice la decisiva tesis de la selección natural de Darwin y que desde hace unas dos décadas ha sido considerada muy seriamente por los más eminentes teóricos de la doctrina de la evolución. Se dice, por ejemplo, que hacemos todo lo posible por neutralizar la faena de los factores naturales de la selección, que luchamos contra enfermedades y epidemias, contra influjos naturales destructores, que procuramos ayudar al desamparado, dar asilo y protección a la vez. También se arguye que los más se han dejado ganar por la convicción de que el famoso baño de acero de la guerra carece de sentido como factor de selección favorable a la continuidad de la vida.

Más aún. La investigación de la herencia ha comprobado que en nuestra vida social la selección no se atiene, en absoluto, a las mutaciones hereditarias en que el neodarwinismo ve el material de la selección natural. Nuestra búsqueda de jóvenes dotados no hurga en árboles genealógicos en demanda de determinadas características: busca capacidades configuradas ya por la tradición. Esto nos coloca en una posición especial respecto de las mutaciones naturales. En el flujo hereditario es posible reconocer, hasta cierto punto, lesiones de naturaleza física y espiritual relativamente graves. Aquí está en su lugar la lucha por una sucesión saludable. En todos los demás aspectos la sociedad toma en consideración tipos de herencia completamente distintos: el traspaso de un legado cultural formado por tradición y por los medios de la educación "heredado". El imperativo no nos dice aquí, ni puede decirnos, que busquemos los factores de Mendel que nos proporcionen matemáticos o técnicos electrónicos, sino que estimulemos a los factualmente dotados en cuanto evidencien sus capacidades espirituales. "Herencia social" se llama el instrumento de la evolución humana, que por lo demás trae consigo una modificación de la estructura de nuestra sociedad mucho más rápida que la selección natural. El ritmo de esta transformación aumenta constantemente.

Durante algún tiempo, sobre todo en su contraste respecto del viejo darwinismo, se ha visto en la singularidad de la evolución humana algo opuesto a las leyes de lo vivo. Hoy se inclinan los biólogos a ver en ella la continuación de la evolu-

ción con los medios especiales del hombre. La nueva etapa se apoya esencialmente en los factores de nuestra forma histórica de existencia y sólo en restringida medida en la difícilmente controlable acción de los factores hereditarios naturales. En la obra de Teilhard de Chardin se manifiesta con "éclat" este criterio y es esta idea central de la peculiaridad de lo histórico la que ha hecho posible la simbiosis en cuya virtud se muestran hoy a la luz, ateísmo y ferviente fe proclamando la omnipotencia de Dios. Hasta qué punto se ha enredado en esta simbiosis la realidad política de nuestro tiempo, el futuro podrá decirlo mejor que nosotros. Lo que ya es evidente hoy es que la defensa contra el marxismo ha unido en Occidente a los reñidos hermanos de ayer.

Ahora bien, a quien seriamente se adentra en la obra de Teilhard de Chardin, se le revela una imagen del mundo que deja muy atrás la especulación de los biólogos en torno a Huxley. Le arderá en la carne el apremio de un gran místico frente a nuestras vivencias y nuestros pensamientos. "El mundo se dispone a mostrarse más resplandeciente que Jehová, está pronto a hacer saltar en trizas nuestra religión, a oscurecer nuestro Dios".

Los hechos de la evolución de la vida son para el jesuita evidente testimonio de la acción precisamente de aquel factor que muchos teóricos de las ciencias naturales habían dejado al margen como refutado en forma definitiva: ve en obra, en virtud, un poder supremo, ductor, que determina incluso la evolución humana futura. En la recusación de una evolución así orientada, de una "ortogénesis", sólo ve Teilhard de Chardin la obcecación del incrédulo, la insuficiencia del pensamiento.

Todas las lindes, todas las fronteras que el contorno de la ciencia definen y limitan, son rebasadas por Teilhard de Chardin en su visión del "fin de los tiempos". Ve venir una evolución estimada en 1 a 2 millones de años, que puede conducir a una "simpatía planetaria" de los grupos humanos: al punto "Omega", como pronto bautizó él mismo esta remota posibilidad. No debe olvidar nuestra consideración cuántos de sus pensamientos y de sus visiones se alumbraron y cobraron forma en los campamentos de las excavaciones del Asia Central, durante semanas, durante meses de tarea en una desolación que hemos de comparar con la vivencia de los eremitas del cristianismo primitivo. Con tajante penetración ve los turbios fenómenos del presente que con vista al futuro pueden justificar un hondo pesimismo. Pero diríase que para él son como un acicate que le irrita y le llama a la resistencia.

Esta resistencia del espíritu hiende el camino que ha de conducir al suprahombre. También Julian Huxley habla de remontar el peldaño actual de lo humano, mas ve la transformación material y espiritual en el área de lo que hoy nos es familiar y conocido. Teilhard de Chardin, en una visión arrebatada, intuye un tránsito, una metamorfosis por desmaterialización: no le ve fin a lo sumo en lo humano, sólo ve su ascensión en los términos de lo nuevo en absoluto. Clama porque el hombre en trance de mutación experimente una "sed de ser más", que será lo único que acabará con la miseria de los tiempos finales, maniobrando el gran viraje. El "esta-

lido de lo íntimo", "trastrueque, inversión", "éxtasis", son expresiones que vuelven y se repiten siempre en la descripción de la gran metamorfosis y en las que alienta el mito de un Cristo propio y entrañable.

"En una atracción orgánica universal se lanzan las mónadas en arrebató al lugar que la total madurez de todas las cosas y el norte inapelable de la Historia les han fijado". Esto nos dice, por ejemplo, el jesuita. De más está que digamos nosotros que nos encontramos a mil leguas de algo parecido a investigación y estudio de la naturaleza. Nos llega aquí el mensaje de un místico que durante una vida se nutrió de los resultados de la biología y configuró un lenguaje que en imágenes de la investigación de la vida algo quiere expresarnos de lo inexpresable: de lo inefable. Quien ha seguido a Teilhard de Chardin hasta la idea de una suma glorificación de lo humano, sabe muy bien lo que le separa de sus ateos compañeros de jornada. Es mucho más de lo que deja ver el panegírico de Huxley. Se trata náda menos del fondo sobre el que vemos moverse el juego de la comedia humana. Se trata, en fin, de la imagen de la naturaleza.

Julian Huxley confirma, sencillamente, que, en cierta medida, disponemos hoy ya de una visión de la evolución del Universo bastante diáfana. "Físicos y astrónomos nos han brindado ya una clara imagen del proceso. De acuerdo con genéticos y geofísicos nos procuran el esquema del modo cómo de la no vida puede surgir naturalmente la vida sin necesidad de sobrenatural intervención" (cito las palabras de Huxley según el "Observer"). Quien vuelva a ahondar hoy nuevamente en las teorías del Universo se encontrará con que por lo menos dos puntos de vista, que se contradicen totalmente, están en pugna por su validez y no nos ofrecen, en absoluto, "una clara imagen". En el imponente volumen (1959) del último simposio sobre el "Origen de la vida" —en Moscú tuvo lugar— he buscado y rebuscado en vano el primer esquema, válido en verdad, de la génesis de la vida cabalmente. Por importantes que sean los nuevos resultados obtenidos, no dejan de ser menos contradictorios, y justamente los prudentes —los inteligentes— se mantienen muy callados.

Ahora bien, para Huxley, sobre la base de su certidumbre dogmática se erige ya una imagen en la que, en el fondo, todo se trasluce: se sabe ya cómo ocurre el asunto y cómo ha ocurrido siempre. Los actores esenciales del acaecer de la evolución son conocidos en la visión de esta imagen.

¡En qué distintos fundamentos se apoya Teilhard de Chardin! Presiente la realidad de fuerzas ductoras, se siente entrañado, asido, por la garra de su acción en las grandes metamorfosis del terrenal acaecer, en cómo es traspasado, así como el proceso de humanización, es, en su visión, uno.

En su criterio mucho hay del acervo de ideas por que Teilhard de Chardin se sintió invadido, en años decisivos justamente, al adentrarse por el texto de "La Evolución Creadora" de Bergson y sentir el soplo del "élan vital". Mas también sentimos, en lo más recóndito, el roce de un elemento lamarckiano. Por citar una señal tan solo, recordemos la "sed de ser más" que intuye en lo íntimo del hombre en metamorfosis.

El "malestar de la cultura" que Freud conoce se apodera del espíritu frente a lo mísero de algunas teorías de la evolución. Este "malestar" hará que muchos busquen a Teilhard de Chardin. Tal vez no se sientan arrebatados por su visión, pero estarán seguros de encontrarse con un espíritu creador que con titánico esfuerzo quiere adueñarse de los caudales de la ciencia de la naturaleza que en nuestro tiempo afluyen, pero que, al quebrantar con ímpetu las vallas de la investigación, nos brinda impresionante testimonio de hasta qué punto es tremendo el enigma de la realidad, cabalmente para el sabio que tan lejos llegó.

HELECHOS

POR EL PROF. WALDO LAZO

Se dice de los helechos que "ocupan un lugar privilegiado entre las criptógamas, que ninguna otra clase los supera en exuberancia de vegetación, elegancia y variedad de formas". Basta un somero estudio para comprobar lo acertado de tal afirmación.

Crecen, generalmente, en las quebradas o bosques húmedos. Su verdor y abundancia llega en las selvas tropicales a extremos difíciles de exagerar. Pero, también los hay en terrenos áridos y aún semidesérticos. Cuando uno ve sus frondas mustias juraría que están completamente secos. Una inmersión en agua, sin embargo, los revive y restituye a su frescura pristina. Esta notable propiedad: la "poiquilohidria", los hace tan interesantes como indicadores ecológicos.

"El tallo es casi siempre un rizoma subterráneo o rastrero; algunas veces erguido, oblicuo o aún trepador. En el género *Peranema* es globoso; vive como epífita sobre los árboles—género *Platiceris* y otros—; teniendo en los helechos arbóreos el porte de una palmera. Son casi siempre plantas perennes.

La estructura del tallo es típica. En un corte transversal de la región primitiva, derivada directamente del huevo, se encuentra la corteza con su endodermis y un cilindro central o "estela", compuesto por un único haz vascular de formaciones concéntricas. Es decir, por una tira de vasos leñosos, rodeada de vasos cribosos. No hay médula.

Las hojas o frondas cumplen dos funciones: nutrición y producción de esporas. En algunas especies hay frondas a cargo, sólo, de la función vegetativa y otras de la reproductiva. Por lo general esta separación no existe.

Un fugaz vistazo a su ciclo vital nos enseñará que, de la espora caída en condiciones



A *Notholaena tomentosa* atribúyensele propiedades medicinales

apropiadas de humedad, surgirá un protalo, delicada estructura, inadvertida casi siempre, por el observador corriente. El biólogo puede obtenerlos sembrando las esporas sobre un ladrillo poroso y manteniéndolo a la humedad conveniente. En el envés del protalo desarrollanse anteridios y arquegonios, productores de los gametos masculinos y femeninos, respectivamente. Al mojarse estos órganos ocu-